

2 Julio 1954

El Perú que Queremos

por Sebastián Salazar Bondy

Pertenezco a una generación que ha tenido un signo político, pero que, por los azares de la vida nacional de los últimos quince años, nunca pudo expresar con amplitud y confianza su anhelo democrático, que, es también, afirmación de fe en la posibilidad del bienestar y el progreso dentro de la libertad. Salí del colegio —donde, apasionados por el particular problema de su patria, algunos maestros trataron de inculcar a varias generaciones el virus fascista— y llegué a la Universidad desorientado y confundido, aunque, al igual que todos los que en ese tiempo bordeábamos la veintena, cierta reserva vital nos defendiera de la crisis y el fracaso moral.

En la Universidad, en cuyas cátedras prevalecía la rutina y el ocio, tuvimos el primer campo de acción. Una fuerza consolidada y corpórea, el aprismo, supo tentarnos con su programa de rebeldía y renovación, como también algunos grupos nacionalistas, sin precisa definición, pero con ánimo revolucionario, nos invitaron a participar de su inquietud. Caímos en uno u otro lado, porque ambas tendencias poseían el común denominador de condenar la política vigente, de reprobar su mezquindad, su conformismo, su inescrupulosidad, su indigencia ideológica. Fuimos, me parece que unánimemente, anti-benavidistas y anti-pradistas, en cualquier bando en que nos hallásemos.

El fin de la guerra mundial, la derrota de los totalitarismos, el fortalecimiento de las democracias, todas las consecuencias benéficas de los sucesos internacionales que culminaron con la paz, trajeron el aire saludable que empezó a soplar en el segundo semestre de 1944. Hasta este instante, en la vida estudiantil, en el contacto con la opinión mayor, en la lectura de los libros nacionales y extranjeros que contenían una lección, en la relación con la existencia corriente y dramática del pueblo, habíamos estado aprendiendo todo aquello que la mayoría de los profesores que ocupaba las tribunas de San Marcos no sabía o no quería decir: el país, tal como está, es una falsificación, un fraude.

No nos equivocamos

El 45, por primera vez, salimos a la calle formando parte de la multitud. Ese año intervinimos en la lucha electoral, gritamos nuestros sentimientos políticos, sacamos la cara contra las amenazas policiales, y votamos. Votamos por la Democracia. No creo que nos equivocamos. Fuimos víctimas, aunque no lo notáramos, de un engaño, porque todo lo que se nos había prometido —el Apra con su vocinglería, los políticos tradicionales con su mentido acatamiento del resultado electoral, los políticos nuevos con su ingenuidad— no se cumplió. Durante todo el tiempo que pudimos, blandimos nuestra esperanza contra el terrorismo callejero, la detonante demagogia, la politiquería mañosa, la amenaza dictatorial, hasta que se produjo la quiebra del 48.

Lo que viene de ese año a hoy, lo sabemos demasiado bien. Pero, a pesar de la peripecia, queda en nosotros, a quienes nunca se nos dió la oportunidad de comenzar a construir el Perú que queremos, la fe inicial. Fe que es, primero, en el destino del país, y, después, en la Democracia como la mejor fórmula para la respetuosa y feliz convivencia de todos. No es que nadie personalmente crea en la posibilidad de restaurar el paraíso o establecer la vieja utopía de la comunidad perfecta, pero sí que se trata de llevar a la patria por el verdadero camino, para emprender el cual fué fundada.

Queremos, sin duda, un Perú sin miedo. Por cierto que mi generación sabe —tal cual lo saben otras anteriores y las que actualmente están abriendo los ojos como la mía hace diez o quince años— que sobre su cabeza pende el peligro de la persecución y la violencia a la manera de la espa-

da de Damocles que evocara un político del régimen presente para designar precisamente el instrumento del terror. Y al querer un Perú sin miedo, queremos un Perú con pensamiento libre, en el que ser rojo, negro o blanco no signifique ser bueno o malo, social o anti-social, privilegiado o víctima. Lo cual significa, también, un Perú con justicia.

Hemos sido amamantados con la visión de obras monumentales y suntuosas, procurando satisfacer todos nuestros deseos con una escenografía cinematográfica, pero no nos ha sido difícil mirar detrás de esos trastos y conocer al obrero explotado y al indio despojado, al paria popular viviendo en sus efímeros refugios, comiendo sus mendrugos, soportando el peso de la ignorancia, sin perder su bondad, su hombría, su espíritu. ¿Es acaso necesario reflexionar mucho para llegar a la conclusión de que la política ha sido hasta hoy un asunto a espaldas del país real?

Convivencia Justa

Al pedir un Perú con justicia, pedimos un Perú con cultura. Y la cultura no es, como algunos creen, un lujo que se pueden dar sólo los ricos y los perezosos. Es absurdo que la educación termine en la escuela o el colegio —para los que pueden llegar a la escuela y alcanzar el colegio— y que culmine, como simple preparación profesional, en la Universidad, porque la cultura nunca termina de adquirirse. Ella es tanto los conocimientos cuanto la cordura para comprender que todos tienen derecho a pensar y a actuar siempre y cuando no rebasen, en lo segundo, los límites de lo lícito. Todos, es decir, el pobre y el rico, el negro y el hijo de asiático, el conservador y el aprista. Esta aceptación de la libertad ajena es fruto de la cultura, fruto de lo que se lee en los libros, se ve en los cuadros o se oye en los conciertos.

No demandamos un orden celestial, sino el orden que otras naciones semejantes a la nuestra han conseguido fácilmente: la convivencia justa, serena, segura, emanada de la comunidad de intereses que mueve a los ciudadanos de un país, los cuales, por más grande que sea su egoísmo, saben en un momento dado deponer sus ambiciones personales y anteponer a ellas el bienestar de la mayoría o la totalidad. Eso que hasta hoy tan pocas veces hemos hecho los peruanos y que los políticos del momento no han sabido realizar. No queremos que gobierno sea repartición de prebendas y situaciones cómodas, sino, ante todo, celo sacrificado y permanente por el presente y el futuro patrio. Que cada generación entregue a la otra un legado con el compromiso de acrecentarlo y fortalecerlo: he allí una consigna que anhelamos se imponga para siempre.

Desde Hace 134 Años

En el fondo no clamamos por otra cosa que por el cumplimiento de aquella "promesa" que Basadre ha descubierto en la vida peruana. Tal es lo que ha pedido mi generación, esa que hoy pasa los treinta años ya con el temor de que no se le dará ocasión para rendir todo lo que es capaz, esa que no ha encontrado un conducto para manifestar su voluntad de trabajo en favor de la sociedad, esa que amaneció, por culpa de quienes debieron conducirla, sin derrotero fijo; esa que el 45 levantó una bandera limpia y sincera, que fué arriada por la debilidad de unos y la voracidad de otros; esa que el 50 fué defraudada, esa que ha callado, pero no se ha vendido; esa en fin, que este 56 vuelve a agruparse para intentar de nuevo el encauzamiento del Perú hacia su verdadera finalidad. Una finalidad que no es otra que la que, hace más de 134 años, los Libertadores vislumbraron en el humo y la pólvora de la primera guerra peruana contra la autocracia.